

La Diosa de Ébano

(Avance)

Adrià Turull Pérez

CAPÍTULO 1: BRUSCO DESPERTAR

—Me llamo Fordak Manson. Mercenario, contrabandista y libertador de mundos oprimidos. Bueno, lo último es broma. Era para darle más empaque.

—Describame lo que sucedió.

—No recuerdo demasiado. Alguna imagen borrosa, tal vez. Cuando desperté, pensé que estaba muerto. O lo estaría muy pronto debido a los efectos de la descompresión —guardó silencio unos segundos, tragándose el dolor que campaba a sus anchas a lo largo de su espinazo—. Pero no lo sé, imagino que soy un cabrón testarudo, o simplemente un cabrón con suerte. Oye... ¿y lo de las esposas? —añadió sosteniendo sus muñecas delante de él.

—Protocolo, nada más. Tuvo suerte que llegásemos a tiempo —respondió su interlocutor. Tenía la voz suave pero metódica— Pero, por favor, cíñase a los hechos.

Fordak lanzó un suspiro antes de responder. Cuando volvió a hablar, lo hizo despacio, más para él mismo que para su interlocutor. Su voz sonaba grave pero cansada.

—Tras un tiempo sin encontrar ningún trabajo legal, no me quedó otra que probar suerte con el contrabando. No estoy especialmente orgulloso —admitió—, pero tampoco me escondo. A más de uno me gustaría verlo elegir entre el honor y el hambre —una mirada desafiante apareció en su rostro retando al oficial. Al no recibir ningún comentario, Fordak prosiguió—. Por aquel entonces deambulaba por Artesius, uno de los astilleros más importantes de la Federación. Bueno, eso es algo que ya sabréis vosotros mejor que nadie.

El joven oficial militar que tenía sentado delante no parpadeó. Guardó silencio, esperando que Fordak prosiguiese su relato.

—En las cantinas se oían rumores. Joder, incluso aunque no parases atención. Rara era la noche que un contrabandista borracho no hablaba más de la cuenta. Total, que ofrecí mis servicios a uno de ellos. El que me pareció que todavía iba más o menos sobrio. Deberías haberme visto: yo, que llevaba tres días sin nada que llevarme a la boca, todo digno y con aires de profesional. El caso es que debí resultar convincente, pues conseguí una plaza a bordo del *Galatea*. ¡Menudo ataúd metálico! Sin cierro los ojos todavía oigo como crujen sus mamparos...

—Prosiga.

—Reconozco que la primera vez que la vi me pareció una nave decente. Aunque de diseño anticuado, el *Galatea* era manejable como pocas. Pero bueno, qué te importará a ti la nave. Os estaréis preguntando cuál era su cargamento, ¿verdad? Sí, vamos, no disimules —clavó sus ojos pardos en el emblema que decoraba la gorra del oficial—. Bien, te lo diré: el *Galatea* transportaba absolutamente de todo. Cualquier cosa que en un puerto costase diez y en otro se pudiese vender por quince o incluso cien. Desde hierba azul de Istidian a picante ulveriano.

—¿Contrabando?

Fordak Manson se encogió de hombros. Sus espaldas eran anchas y poderosas, pese a su lamentable estado físico actual.

—Casi nunca —mintió Fordak—. Únicamente cuando pasábamos una mala racha.

—¿Qué transportaba el *Galatea* en su último viaje?

Fordak se removió en la silla, buscando una postura más cómoda. No la encontró.

—Su último viaje fue, curiosamente, bastante noble —respondió, pero tuvo que interrumpirse y morderse el labio debido a un agudo pinchazo que le sobrevino al moverse—. Un arqueólogo de Nueva Tierra había hecho no sé qué descubrimiento del siglo. Unas ruinas o algo así. El caso es que se trataba de algo muy importante, por lo menos en el mundillo sabelotodo. Y para evitar posibles filtraciones y que alguien le robase la primicia, decidió contratar los servicios de la *Galatea* como mensajero privado, en lugar de utilizar la red. Si, joder. Como los carteros de antes de la era espacial.

—Y alguien atacó su nave.

—Sí —cerró los ojos, tratando de recordar el momento. Pero en su recuerdo había un vacío de aquel traumático momento—. Desconozco el motivo. Pero lo único cierto es esto: alguien nos atacó.

—¿Podiera tratarse de un ajuste de cuentas? —aventuró el oficial— ¿Tal vez de los Saqueadores de Duzui?

Fordak meditó la posibilidad. Por lo que él había ido aprendiendo, el mundo del contrabando se rige por un extraño sistema de camaradería individualista. Si jodes a tu igual, más tarde o más temprano los demás sabrán de ti. Y ya bastante peligroso y repleto de hijos de puta es el espacio conocido por sí mismo como para hacer enemigos entre tus iguales.

—No lo creo —respondió.

—¿Y qué hay de los piratas? Si el *Galatea* era un carguero modesto de escaso armamento, cabe la posibilidad que os atacasen sujetos con ningún escrúpulo. Este cuadrante ha sufrido un incremento de la actividad de un grupo piratas en los últimos tiempos.

—¿Cómo se llaman? —Preguntó Fordak.

—Se hacen llamar los Piratas de la Luna Negra —respondió el oficial.

—No lo sé. Podría ser —respondió Fordak Manson. Estaba dolorido y agotado, y empezaba a perder el hilo de la conversación.

—De acuerdo. Veamos que tenemos hasta el momento —dijo el militar—. Alguien ataca el *Galatea*. Consiguen mandar un SOS antes que les destruyan. Cuando la Federación llega al lugar, ya es demasiado tarde. El carguero ha sido pulverizado. Todos los que viajaban a bordo —prosiguió el militar inclinándose sobre la mesa— han muerto, excepto usted por un margen de unos pocos minutos. El equipo médico de esta nave, la *Pegasus*, ha conseguido literalmente arrancarlo de las garras de la muerte. Y usted es Fordak Manson. Nacido en Urano hace veintiocho años. Contrabandista, timador,

extorsionador, matón... un delincuente pluriempleado y de poca monta. Para decirlo sin más rodeos: pese a su tragedia, está usted en deuda con la Federación. Tiene una segunda oportunidad gracias a nosotros.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Manson con recelo.

—Significa que necesitará colaborar con nosotros si quiere recuperar su condición de hombre libre —aclaró el teniente con gesto impasible.

Fordak Manson se reclinó hacia atrás. Le dolía todo el cuerpo. Especialmente la cabeza. Le habían salvado la vida, pero la letra pequeña acababa de revelarse bien grande.

—Entiendo que esto es un asunto federal, que de no ser por vosotros yo ya estaría muerto. Y créeme, valeroso oficial de nuestra amada Federación —añadió Fordak Manson procurando que su tono sonase convincente—, que os estaré eternamente agradecidos a todos y cada uno de vosotros. Pero, sinceramente, no sé qué queréis de mí. No veo en qué podría ayudaros mis batallitas.

El militar no movió ni un músculo. Lo estaba analizando. Fordak ya había visto antes ese gesto en otras caras también provistas de gorritos con visera. Esa mueca de superioridad. Lo detestaba profundamente, pero a base de palos y arrestos menores Fordak había aprendido a contar hasta diez antes de saltar hacia delante y borrar ese tipo de expresiones faciales a puñetazos.

—Eso es algo que compete al Alto Mando. Su nave realizaba contrabando en este sector fronterizo de la Federación. Es un hecho. Lo que pueda contar sobre sus rutas, intercambios y puertos seguros podrá ser útil en mayor o menor medida, por supuesto. Pero, por el momento, empecemos por el final. El último viaje del *Galatea*. Ha dicho antes algo sobre un descubrimiento arqueológico. ¿Qué sabe sobre este asunto? ¿Llegó a ver la información que transportaban?

—No sé nada. No vi nada. Yo no trataba directamente con los clientes.

El oficial relajó los hombros unos instantes antes de contestarle.

—Seré pragmático, señor Manson. Pese a que debería encerrarlo o mandarlo a picar piedra y tirar la llave —se inclinó aún más hacia adelante, entrecruzando los dedos y apoyando la nariz sobre ellos, en un gesto estudiado—, la Federación ha decidido ser indulgente con su persona si se aviene a colaborar. Si nos da lo que la Federación necesita le daremos la gracia de la libertad. Un trato a todas luces ventajoso para usted. Mi superior, al igual que mi persona, todavía cree en la reinserción.

—¿Y qué es exactamente lo que necesita la Federación del bueno de Fordak? —respondió, esforzándose por mostrar su mejor sonrisa pese al dolor punzante.

—Esas coordenadas para empezar. El comandante sospecha que tal vez aceptar ese encargo fue la pérdida de la nave.

—¿El ataque se debió al paquete a bordo? —preguntó Fordak Manson con el entrecejo fruncido. El contrabandista llevaba consciente pocas horas, y ahora comenzaba a realizar sus primeras e infundadas hipótesis. Aquella podía ser perfectamente viable.

—No hay nada confirmado. Pero se baraja dicha posibilidad.

Sobrevino un silencio que llenó varios minutos la pequeña habitación. Fordak Manson creyó oír el casi inaudible zumbido de los motores sublumínicos de cualquier transporte espacial.

—Joder, es un buen trato, no te lo negaré, capitán. Si no fuese por qué no conozco esas coordenadas y no me gusta cómo ha sonado ese “para empezar”.

Fordak se cruzó de brazos, pero el dolor le hizo buscar otra postura menos rígida.

—Teniente —le corrigió el oficial— Y el “para terminar” de nuestro acuerdo es que nos cuente lo que le he dicho: rutas y puertos utilizados en la zona por sus... colegas. Recupere su libertad, señor Fordak. Lo tiene realmente muy fácil.

Fordak Manson cerró los ojos. Le dolía el costado. Como si las costillas le rozaran los pulmones a cada inspiración. Esos militares eran listos. Todavía no le habían curado del todo. Y probablemente no lo hiciesen si no se mostraba colaborador. El contrabandista sopesó sus opciones. Llegó a la conclusión que éstas eran bastante limitadas. Detestaba todo lo que oliese a militar. Pero de no darles lo que querían estaba bien jodido, pensó. Uno de los requisitos que le planteaba el oficial no era demasiado complicado. Podía darles unas pocas referencias vagas y desactualizadas. Incluso indicaciones de rutas peligrosas a evitar. Pero la otra condición... ¿Cómo podía darles unas coordenadas que desconocía? No le dejarían libre antes de confirmarlas.

—Intento recordar... —comenzó a decir. Una neblina negra y carmesí centelleaba bajo sus párpados. Todo momento previo al accidente aparecía bajo un velo opaco—. ¡Un momento! ¡El cliente! Las coordenadas se han perdido. Pero el arqueólogo sigue siendo la fuente. Sólo hay que contactar con él de nuevo y preguntarle directamente.

El teniente guardó maduró aquello unos instantes.

—¿Cómo contactó el arqueólogo con su grupo? ¿Fue en persona?

—Eh... Sí, así fue —respondió, haciendo un gran esfuerzo—. Habíamos parado en un pequeño planeta industrial para hacer algunas reparaciones. Yo estaría jugando al póker o desatascando algo, cuando vino Loras el Lágrimas, el capitán, y nos informó del nuevo trabajo.

—¿El Lágrimas? —preguntó el teniente levantando una ceja.

Fordak se encogió de hombros y al momento se arrepintió. Algo le crujió.

—Sí, el Lágrimas. Según me contaron cuando empecé a trabajar con ellos, hay dos teorías: la primera, que es, o era... un tipo sensible que se pasaba los viajes interestelares leyendo poesía. La segunda, que es la que yo prefiero, es que el mote hace referencia a las lágrimas que demarraban todas las vírgenes que iba desvirgando en cada puerto espacial dónde el *Galatea* hacía escala.

—Por favor, volvamos al tema del cliente —le indicó el teniente tras parpadear un par de veces.

—Total, que sí, que el trabajo se lo dio el arqueólogo a Loras en persona. Con un poco de suerte, es muy probable que todavía esté allí. No tenéis más que preguntar en

las cantinas. En un planeta como ése, todo hormigón y acero, no puede haber muchos arqueólogos.

—Planeta que se llama...

—Fallo mío. El planeta se llamaba... —volvió a cerrar los párpados con fuerza, tratando de recordar— Tulheia VI. Eso es. Está justo después del Cúmulo de los Amantes, es la decimocuarta parada de la antigua ruta imperial. Un placer colaborar con la Federación —dijo Fordak.

—Todavía tiene que contarnos algo del modus operandi de los contrabandistas.

—¿Cómo qué?

El oficial le hizo un par de preguntas al respecto, y Fordak las contestó, construyendo las respuestas con alguna que otra verdad, alguna mentira y bastantes obviedades sobre velocidades óptimas de aproximación a un asteroide.

Diez minutos más tarde, el teniente se levantó de la su silla.

—Gracias por su colaboración, señor Manson. Debo confirmar la información con mi superior antes de comunicarle ninguna decisión. Estoy seguro de que entiende mi posición. Tan pronto como me dé luz verde, recuperará su libertad.

El único modo que tenía Fordak de medir el paso del tiempo era contar las veces que se apagaban y se encendían las luces de la celda. Según sus cálculos llevaba cinco días y cinco noches esperando una respuesta de sus captores. O salvadores.

Hay que joderse. Me salvan la vida para después encerrarme, pensó. Le dolían las muñecas de las esposas.

Ya había estado antes arrestado. Pero para Manson, la incertidumbre era peor que la condena en firme. Mientras no obtuviese una respuesta, le torturaba la posibilidad de la libertad.

Fordak Manson era un tipo corpulento, extremadamente fuerte y duro. Ancho de espaldas y de brazos. Rostro ancho, mandíbula cuadrada y barba de varios días. Sus ojos castaños eran escrutadores y desconfiados. Su nariz, ancha y cuyo puente casi inexistente; la frente alta y el cabello, una maraña marrón echada hacia atrás. Pero ahora sus capacidades físicas no le servían de nada. Además, estaba herido. Casi siempre había avanzado por la vida como una apisonadora, sin mayor preocupación de procurar no arrollar a amigos y conocidos. La situación se le escapaba de las manos, pues su vida no dependía de sí mismo.

La puerta se abrió. El teniente entró acompañado de una mujer vestida con una bata blanca. El médico de a bordo.

—Hola, señor Manson. Le presento a nuestra oficial sanitaria. Si todavía está vivo, es gracias a ella.

Manson se pasó ambas manos por la cabeza, en un gesto inútil para intentar domar su revuelta melena castaña.

—Muchas gracias, señorita.

—No se merecen. Es mi trabajo. Soy la doctora Yan —respondió ella, inspeccionando los vendajes de Fordak—. Teniente Anderson, yo diría que podemos retirarle las esposas.

La doctora Yan era una mujer madura, pasados los cincuenta. Llevaba el cabello canoso recogido en un moño del que escapaban algunos mechones. Sobre la pequeña nariz portaba unas gafas sin monturas. No por miopía, un mal menor extinto en la Federación, sino como herramienta complementaria que le ofrecía lecturas y estados de sus pacientes. Sus ojos eran grises y almendrados. Atentos, perspicaces.

El teniente miró a Fordak con recelo.

—¿Está segura, doctora?

—No, pero es un hombre herido al que hemos salvado de una muerte casi segura. Sería muy estúpido por su parte atacarnos cuándo lo que nosotros queremos es sanarle por completo, ¿no lo ve así, señor Manson?

Fordak asintió. Aquella mujer era lista. Independiente del hecho que le debiese la vida, Manson decidió que le caía bien.

El teniente Anderson dio una orden y de inmediato un cabo apareció por la puerta, se acercó y le quitó las esposas. Acto seguido volvió a retirarse al pasillo, a la espera de cualquier otra labor que su teniente tuviese a bien encomendarle. Fordak se frotó las muñecas doloridas. Fijó sus ojos oscuros en los del oficial. Memorizó su nombre: Anderson. Por un momento le cruzó por la cabeza la idea de ahogar aquel niño vestido de uniforme. Su cuello casi parecía el de un muñeco. Incluso con los brazos doloridos, le sería fácil rompérselo en un solo gesto. Le había tenido cinco días ahí encerrado. Podía matarlo. Pero ¿qué pasaría después?

Manson suspiró.

—Gracias —dijo, suavizando su expresión—. Dígame doctora: ¿es muy grave? —preguntó, intentando estirarse sin que le pinchasen las costillas.

—Saldrá de esta —respondió ella, examinándole con mayor comodidad ahora que Fordak no estaba esposado—. Podemos darle unas sesiones de zumo de algas y dejarle como nuevo.

—¿Pues a qué estamos esperando? Gracias de nuevo por sus cuidados.

Fordak se puso en pie, no sin dificultad. El teniente Anderson dio un paso atrás para dejarle espacio.

—Antes de esos baños rejuvenecedores, el teniente tiene algo que tratar con usted. Por su bien, espero verle pronto en la enfermería.

La doctora Yan le observó una última vez, comprobó el vendaje que llevaba Fordak en el costado y asintió. Parecía satisfecha con la cicatrización.

—Teniente, le veré más tarde. Adiós —dijo media vuelta y salió de la celda.

—Bueno teniente, te ofrecería algo de beber, pero aquí el servicio es un poco escaso. Dime, ¿tenemos acuerdo?

El teniente Anderson se quitó la gorrita y se alisó el cabello hacia atrás. Tenía el pelo de un rubio platino casi deslumbrante.

—Sí y no.

Fordak fue a maldecir algo, pero un pinchazo lo enmudeció. Dejó que el teniente intentase explicarse.

—La información sobre las rutas seguro que nos es útil. Pero lo que la Federación necesita de usted en este momento son unas coordenadas. Y nos ha dado el nombre de un planeta donde tal vez, y remarco tal vez, se encuentre ese arqueólogo.

—Ya lo dije antes. Yo no solía conocer los detalles. Y nunca vi las malditas coordenadas. No era yo quién aceptaba los trabajos en el *Galatea*. Os he dicho todo lo que sé.

—Le creo, señor Manson. Pero al Alto Mando no le parece suficiente.

Fordak se dejó caer de nuevo sobre el catre. Se llevó las manos a la cabeza, sin saber si darse por vencido en ese preciso momento o cargar contra la puerta de la celda usando el cuerpo del teniente como ariete.

—Entonces, ¿en qué punto nos encontramos, estimado teniente?

—La situación es la siguiente: nadie del Alto Mando daría un crédito por su vida, no voy a decorarle la verdad. Usted y yo sabemos que la vida de contrabandista tiene esas cosas.

—Estupendo.

—Pero he conseguido una contraoferta —prosiguió el teniente—. ¿Le interesa oírla ahora?

—Cómo estás disfrutando con esto, Anderson...

—Vaya a Tulheia VI —dijo el oficial sin inmutarse—. Tráiganos al arqueólogo para que podamos interrogarle y así esclarecer los hechos. Gánese la confianza de la Federación y con ello su libertad.

Fordak soltó un hondo suspiro. “Un último trabajo. Mi vida parece estar llena de últimos trabajos. Uno más y me retiro, es lo que me digo siempre. Y luego, sin comerlo ni beberlo, de nuevo de mierda hasta el cuello y vuelta a empezar”.

—Lo que le estoy ofreciendo ya lo sabe. Su libertad. Una segunda oportunidad para rehacer su vida. Busque un trabajo honrado, forme una familia, disfrute viendo crecer a sus hijos y sus nietos.

—¿Y si me niego? —preguntó Fordak alzando la vista hacia él.

—¿En serio quiere oír lo que ya sabe? —el teniente negó con la cabeza en un gesto mudo. Pareció decepcionado—. Preferiría no tener que enumerarle los detalles más escabrosos. La Federación ha gastado tiempo y dinero en salvarle la vida. Si no tiene nada útil que aportar a cambio, me temo que será ejecutado. Un derroche absurdo.

—¡Eso es algo totalmente injusto! ¡Te he contado todo lo que sabía! Para ser tan joven eres un astuto zorro hijo de...

—Cuidado —le cortó Anderson—. No olvide quién ha intercedido por usted. Quizás el sistema sea cruel, pero funciona.

—Menudo eslogan. ¿No es lo que pone en el escudo de la Federación? — preguntó Fordak con sorna desganada.

—No, no lo es. ¿Y bien? ¿Quiere seguir viviendo, señor Manson?

Fordak lanzó un último suspiro. Los militares le habían enredado bien.

—¿Dónde hay que firmar para presentarse voluntario?

La doctora Yan observaba atentamente la pantalla con la información biomédica de Manson. Levantó la vista del panel y contempló como el contrabandista flotaba inerte dentro de una enorme cuba lleno de un líquido espeso y verdoso de propiedades casi milagrosas. Extraído de una especie de alga que crecía únicamente en el planeta santuario de Azau, el compuesto podía restablecer prácticamente cualquier herida en pocas horas. Entre la tropa, era común referirse a él simplemente como “zumo de algas”.

El teniente Anderson entró en la enfermería. Saludó con un ligero gesto de la frente a un enfermero y se colocó junto a la doctora Yan.

—¿Cómo va nuestro pirata? —preguntó observando también a Fordak.

La doctora respondió con un tono absolutamente neutro. Era inmune a cualquier tipo de ironía social. Sin apartar la vista del líquido curativo, respondió:

—Perfectamente. En unos veinte minutos ya estará completamente curado. Es un buen ejemplar.

—¿Buen ejemplar? —preguntó el teniente mirándola de reojo.

—Un humano fuerte. Un superviviente nato.

—Parece que le fascina.

—Ni mucho menos. Por muy fuerte que sea uno, al final un sólo disparo en la cabeza mata a cualquiera. Pero su afán por aferrarse a la vida me genera... cierto grado de simpatía.

El teniente torció el gesto, pero no dijo nada al respecto.

—Protocolo habitual, doctora.

La doctora Yan asintió brevemente con un gesto del mentón. Le molestaba perder el tiempo con algo que ya sabía.

Fordak abrió los ojos. ¿Se había dormido? ¿Dónde estaba? Se llevó las manos a la cabeza. Y de pronto recordó. Estaba en la celda de aquella nave. El teniente, su situación. El trato forzado a cambio de su libertad. Se sentó en el borde del catre. Tenía las manos libres. Y hambre. Una barbaridad.

Se fijó en la bandeja de comida que habían dejado junto a la puerta. Por lo menos a simple vista, parecía mejor que la última vez. Se incorporó y se dio cuenta que ya no

le dolía el costado. Respiró profundamente y se percató también que podía respirar con normalidad. Ya no le pinchaba al hacerlo.

Tomando conciencia de la nueva situación, se acercó a la puerta de la celda. Cogió la bandeja y engulló casi sin masticar. A falta de cerveza, se dio unos golpecitos en el pecho para acabar de tragar el último trozo. Tiró la bandeja vacía a un lado.

—¡Ya podéis abrir, maldita sea! —bramó con voz ronca.

A los pocos segundos la puerta se deslizó. Una oficial de rostro afilado y estricto entró en la celda. Entre las manos llevaba ropa. Se la dio tendió a Manson.

—Tenga, su nuevo equipo.

Fordak aceptó el bulto.

—Por favor, no se entretenga. El teniente Anderson le aguarda en la sala de operaciones.

Fordak leyó el nombre bordado en el uniforme de la oficial "E. Lethane". Ella dio media vuelta y desapareció. Esta vez no le cerraron la puerta.

Manson dejó la ropa encima del catre y se rascó la barba descuidada durante tantos días. ¿Trabajaba ahora con los militares? ¿Cuándo se había equivocado? Resopló con desgana y se vistió, consciente que el término no era "con" sino "para" los militares.

El equipo era sencillo: un par de botas bastas y usadas, unos pantalones marrones repletos de bolsillos y una desgastada camiseta sin mangas de color negro. Le hizo cierta gracia el cinturón, repleto de más bolsillos, compartimentos, hebillas y mosquetones.

Una vez cambiado, salió por la puerta. La misma oficial que le había facilitado la ropa aguardaba cerca. Le guió hacia la sala de operaciones.

Era una estancia cuadrada, de unos ochenta metros cuadrados. Había un par de mesas y varios asientos collados al suelo. En el centro brillaba un mapa holográfico. Fordak contó seis hombres. Cinco sentados y uno frente al holograma. Éste último llevaba ambas manos a la espalda. Parecía buscar respuestas en aquella representación luminosa.

Fordak Manson se acercó. Los hombres sentados cerca se percataron de su presencia. No le quitaron ojo de encima.

El hombre que contemplaba el mapa dio media vuelta. Era un tipo alto, con percha. Ancho de hombros y de cuerpo atlético. Su cabello era negro azulado, muy corto. Sus ojos oscuros eran escrutadores, casi intimidatorios. Iba perfectamente afeitado. Pese a los signos de madurez que cruzaba su rostro, se conservaba bastante bien. Vestía un uniforme de campo, de camuflaje ártico.

—Bienvenido, Fordak.

Manson no respondió. Buscó al teniente Anderson, pero no lo encontró en la sala.

Aquel hombre prosiguió:

—Soy el comandante Udina. Esta es mi nave. A partir de ahora, respondes ante mí. Yo te daré las órdenes y la información que precisas. ¿Entendido?

Fordak decidió seguir el juego y terminar lo antes posible con aquella pantomima, asintiendo levemente sin decir nada.

—Bien, como veo que me sigues, pasaré a ponerte en situación. Dado tu acuerdo con la Federación, tienes un trabajo pendiente para con ella —Udina señaló un punto del holograma y la imagen cambió. El mapa dio lugar a la imagen de una persona—. Este es el objetivo. El arqueólogo conocido como profesor Kronenberg. Sí, el mismo que contrató los servicios de tu malograda banda. Te estarás preguntando como tenemos su imagen y su nombre —le dijo el comandante—. Créeme, los de inteligencia podrían dominar el mundo, si no fuesen tan cobardes. Como tú mismo te has preocupado en apuntar, teóricamente se encuentra en este momento en Tulheia VI. Hasta aquí todo bien. Tu objetivo no podía ser más fácil: dar con él y traerlo aquí.

—Mi trabajo es conseguir las coordenadas, no traer a nadie.

—Cuidado chico —le advirtió clavando sus ojos en los suyos—. Que no respondas al código militar no significa que no pueda encerrarte para el resto de tu vida. Tu resurrección no ha salido barata. Y te aseguro que la vamos a amortizar. Así que vas a bajar al planeta a buscar al objetivo discretamente y lo traerás de vuelta para que los de inteligencia puedan hacer su trabajo. Lo quiero de una pieza. Si llega aquí en un estado tal que no pueda darnos la información que necesitamos tu misión habrá sido un fracaso. ¿Y sabes lo que eso significa?

—Señor, sí señor —el tono de Manson era entre cínico y provocativo. Pero el comandante lo ignoró por completo.

—¿Ves qué fácil es? De acuerdo. Prosigamos. Para llevar a cabo tu misión, contarás con una lanzadera orbital que te llevará a la superficie. Además de una cantidad moderada de créditos para que puedas invitar a la chusma local y empezar así a recabar información sobre el paradero del objetivo lo antes posible.

—¿Alguna cosa con balas que me proteja allí abajo? —preguntó Fordak con desidia.

—Sí, Antes de bajar, la oficial Elana te dará el equipo necesario —respondió Udina—. Por cierto, una cosa que quería comentarte: una vez sobre el terreno, si intentas escapar o abandonar Tulheia VI, el chip que llevas implantado explotará.

Fordak abrió los ojos de par.

—¿Qué me habéis hecho, desgraciados? —Fordak rechinó los dientes. Los nudillos se le pusieron blancos como el hueso.

—Personalmente lo encuentro un despilfarro, pero es un protocolo impuesto por mentes más preclaras que la tuya. Vamos, intenta relajarte. Seguro que no quieres cortocircuitarlo antes de tiempo.

Maldito hijo de puta miserable, pensó Fordak.

—Toma este auricular —prosiguió el comandante Udina. Le alargó el objeto—. Contacta con nosotros cuando estés listo para volver. Una vez que traigas aquí al arqueólogo, te extraerán el chip y podrás seguir con tus proyectos vitales. Ahora, por favor, sigue a la oficial Elana. Ella terminará de prepararte.

Fordak sostuvo un largo rato la mirada del comandante. Pero este mostró una absoluta indiferencia hacia la rabia apenas contenida de Manson.

—Yo en tu lugar me apresuraría a cumplir la misión, “soldado”. No querrás llevar el chip más tiempo de la cuenta. Los proveedores afirman que son totalmente fiables, pero en algunos lotes nos hemos encontrado con algunos defectuosos que han explotado antes de tiempo... Son muy pocos, pero de tanto en tanto ocurren desgracias. ¡Imagina la sorpresa que sería si explotase el tuyo porque te demoraste estúpidamente en mi puente!

Fordak no respondió. Le dio la espalda y se alejó despacio, con las grandes manos convertidas en enormes puños.

La oficial Elana estaba de pie, cerca de uno de los corredores. Era una mujer joven, pero de rostro autoritario. Quizá no tenía ni veinte años cumplidos, pero ya portaba galones de oficial. Tenía los ojos esmeraldas y el cabello del color del trigo recogido atrás en una coleta corta que sobresalía bajo una pequeña gorra. Vestía el uniforme negro con ribetes dorados del cuerpo de oficiales de la Armada. Sus labios eran una fina línea que realzaba aún más su expresión seria.

Sin mediar palabra, la oficial Elana se internó en el corredor, guiando a Manson hacia la popa de la nave. El pasillo era algo más largo que el anterior. El techo curvado y la iluminación suave sugerían una nave bastante nueva y muy superior al *Galatea*.

El corredor terminó en una sala rectangular que servía como armería. La oficial Elana se acercó a una de las primeras taquillas y, utilizando su huella vocal, la abrió. Sacó un chaleco, un pequeño kit médico y una pistola pequeña. Se le pasó todo a Fordak.

—Aquí tiene.

Manson se equipó en un momento. Tampoco es que tuviera demasiado que equipar. Comprobó la pistolita.

—¿Y con eso se supone que debo defenderme? ¿No tenéis algo más grande? —comentó con desdén.

—Contando que sólo debe convencer a una rata de biblioteca para que le acompañe, no le hará falta más. Además, recuerde que debe primar la discreción.

—Elana, ¿verdad? —preguntó Fordak—. ¿Puedo preguntarte algo?

La militar hizo caso omiso.

—Cuando lo localice, contacte con el comandante. Mandará transporte para su extracción.

—Sí, algo me ha dicho.

—Excelente. Ahora sígame.

Dado el poco interés que mostraba la oficial en entablar una conversación, Manson la siguió sin añadir palabra alguna.

De la armería fueron hasta un pequeño hangar. Sólo tenía espacio para tres módulos orbitales. Uno de ellos ya estaba abierto, a la espera.

Fordak se detuvo de golpe cuando vio aquello. El módulo orbital era algo más grande que un ataúd, pero no mucho más. Su diseño recio recordaba un poco a una

cápsula de crioestasis, en desuso desde desarrollo del viaje hiperespacial. Una persona corpulenta como Fordak cabía con bastantes dificultades y molestias evidentes.

Pocas cosas odiaba más Manson que meterse en una de esas cosas. Pero trató de mentalizarse. Aquello era un trámite necesario para volver a pisar tierra, beber de nuevo y probablemente echar unos cuantos polvos. Solo después de cumplir con aquella mierda de encargo. Además, más allá de su ansiada libertad, también era el primer interesado en descubrir la identidad de los asesinos de sus compañeros. En ese punto sus intereses discurrían en paralelo a los del comandante Udina. Para él era algo personal; para el militar era su obligación patrullar el sector y mantenerlo limpio de escoria.

Lanzando un hondo suspiro, se metió en el módulo. Un técnico lo selló y realizó las comprobaciones de seguridad habituales.

—Luz verde, teniente.

—Gracias —respondió la oficial Elana.

Fordak podía verla a través del cristal blindado que tenía a la altura de los ojos, de apenas tres dedos de grueso.

—Mientras se recuperaba, nos hemos dirigido a Tulheia VI. Estamos ya en su órbita.

El mercenario no podía oír sus palabras dentro del sarcófago presurizado. Movié la cabeza en señal de negación, pues ni siquiera tenía espacio para levantar una mano y llevarse un dedo al oído.

Por fortuna, la oficial Elana pareció percatarse del percance y conectó el auricular que llevaba Manson desde hacía pocos minutos.

—Decía que estamos listos. Orbitamos el planeta Tulheia VI. Buena suerte.

La oficial Elana giró a un lado la cabeza y pareció dar una orden a alguien fuera del campo visual de Manson.

Sin más ceremonia, el módulo orbital empezó a descender, absorbido por un orificio específicamente diseñado para ello ubicado en el suelo del minúsculo hangar. Fordak vio como la silueta de Elana subía más y más hasta que llegó un momento en el que lo último que vio fue las punteras relucientes botas de la oficial.

Y después, una brusca sacudida y oscuridad.

CAPÍTULO 2: MÁS DURA SERÁ LA CAÍDA

Temblaba sin control. Los ojos le ardían con la cegadora luz del fuego atmosférico que relamía el cristal blindado, a escasos centímetros de sus retinas. Sus tímpanos estaban próximos a estallar. Y su cuerpo parecía poco menos que gelatina a punto de derretirse y deslizarse hacia abajo.

Las turbulencias hacían girar el módulo sobre sí mismo, una peonza metálica sin control. Un auténtico ataúd asesino.

Fordak pensó entonces que iba a morir. Tuvo esa certeza. Lo habían rescatado de los restos flotantes del *Galatea* para matarlo metiéndolo en una chatarra aún más pequeña. Convencido de su inminente aniquilación, trató de que sus últimos pensamientos fuesen para su familia. Pero nunca había tenido nada semejante. Intentó evocar en su mente el recuerdo de las mujeres de su vida. Y a pesar de las docenas con las que había yacido, no recordaba el rostro de ninguna de ellas. ¿Él habría dejado la misma impronta irrelevante en ellas? Esforzó su extenuado cerebro en recordar lo que había conseguido en sus casi treinta años de vida.

Nada. Supo que no había hecho nada digno de recordar con el tiempo concedido. Su miedo a morir se retorció entonces, dando lugar a un sentimiento distinto, a otra cosa. El “¡no quiero morir!” que resonaba en su cabeza una y otra vez dio paso a un nuevo mantra. En apariencia parecido, pero de raíces mucho más vigorosas y profundas que las del miedo a la propia muerte. Mientras trazaba rapidísimos círculos sin control, de sus sofocados pulmones brotó un nuevo grito que le acompañaría desde ese momento hasta el fin de sus días:

—¡No puedo morir! ¡No puedo morir! ¡No puedo morir! ¡No puedo morir!

Aquellas palabras se elevaron por encima de cualquier otro sonido infernal producido por la entrada en la atmósfera del módulo. Su voz se convertía así en su fortaleza.

Fordak Manson se gritó a sí mismo las mismas tres palabras una y otra vez, sin descanso. Hasta que, al fin, el fuego en el cristal dio paso a un cielo nocturno. Éste, de un azul oscuro que le pareció lo más hermoso que había visto en toda su vida.

El contrabandista lloró a lágrima viva. Siempre había tenido la sospecha infundada que aquellos trastos eran mortales. Meter alguien dentro era, según su teoría, una manera encubierta de condenarlo a muerte. Pero allí estaba él. Había conseguido sobrevivir a la entrada atmosférica en aquel ataúd metálico.

De pronto notó un tirón brusco, y se percató que el paisaje parecía acercarse más lentamente. Debían haberse activado los paracaídas del módulo, dedujo. Pese a las muy limitadas comodidades de este, Fordak trató de relajarse un poco. Ya había pasado lo peor. Se fijó en el oscuro tapiz que era el recuadro de cristal ante sus ojos. La noche dibujaba enigmáticos horizontes en aquel planeta recóndito.

Un ruido de estática le sobresaltó.

—¿Manson, sigues ahí? —era la voz del comandante Udina, a través del auricular.

—Sí —respondió él masticando su propia bilis.

—Enhorabuena.

—¡Métete la enhorabuena por donde te quepa! ¡Maldita sea! ¡Porque coño he tenido que descender con este ataúd y no con una lanzadera!

—No es un problema presupuestario. Mis pilotos tienen cosas más importantes que hacer que llevarte cómodamente a la superficie —respondió Udina por el auricular. Su voz denotaba autoridad y confianza extrema en su criterio—. No eres militar ni nunca lo serás. Recuerda que no eres más que una herramienta —Tras una breve pausa en la que Udina consultó unas lecturas, prosiguió hablando—. El módulo aterrizará muy cerca del principal puerto espacial del planeta. A menos de un kilómetro. Cuando tomes tierra, te recomiendo que te apresures. Tienes cuarenta y ocho horas para completar la misión. Si se supera ese límite, me temo que tendré que dar nuestro acuerdo por finalizado. Bruscamente.

—¿Estás borracho o es que te drogas por las mañanas? —bramó Fordak. Estaba harto de las sucesivas letras pequeñas que la Federación se iba sacando de la manga en aquel acuerdo de mierda—. Me mandas a encontrar un tipo... ¡que puede estar en cualquier parte del planeta! ¿Y ahora me dices que tengo sólo dos días de plazo? ¿A qué coño estás jugando Udina?

—Por lo que veo en el informe... sí, aquí está. Fuiste tú quien dijo que era tan fácil como preguntar en las cantinas. Y respecto a tu pregunta infantil, la Federación no juega a nada, pirata. Mantenemos la galaxia conocida unida y en paz. Puede que para alguien de tu calaña ciertos aspectos sean incomprensibles. O tal vez ni siquiera te hayas parado a pensar todavía en cómo funcionan las cosas, pero para cumplir con ese cometido superior debemos trabajar todos los días. Todos y cada uno de nosotros. Y eso te incluye a ti también desde el momento en que te he dado una segunda oportunidad. Así que no llores tanto y haz tu trabajo. Te quedan cuarenta y ocho horas. Tú verás lo que haces con ella. Adelante, date la gran fiesta de whisky y putas mutantes y despídete por todo lo alto, o cumple conmigo y recupera el resto de tu vida para hacer las fiestas que quieras.

La señal se cortó.

Manson apretaba las mandíbulas. Las palabras de Udina se le habían clavado en las sienes como brocas de carpintero. El comandante era un imbécil. Seguramente se merecía una paliza o dos, pero no había dicho nada estrictamente falso.

El módulo tomó tierra. El borde inferior del mismo era desigual, diseñado para que, una vez tocase la superficie, cayese boca arriba y permitiese así la salida de su ocupante.

Pero el sarcófago de Fordak aterrizó sobre una colina escarpada.

—¡Joder! ¡No, no, no! —gritó el mercenario.

El módulo resbaló hacia adelante, dando una aparatosa vuelta de campana y dejando a Manson boca abajo y bloqueado.

—No me lo puedo creer... —refunfuñó. Trató de activar el control manual de apertura. La compuerta comenzó a abrirse, pero se quedó encallada con alguna roca enorme que Fordak no tenía manera de ver ni apartar.

Así estaba: encerrado en el módulo, contra el suelo y sin poder salir.

Trató de forcejear, de sacudirse como un raclash en celo, de intentar volcar el módulo hacia un lado para poder salir. Con cada embestida que daba hacia un lado, el sarcófago se inclinaba unos grados, pero siempre terminaba por volver al punto de inicio.

—Estás de coña... —dijo en voz alta, hablando para sí mismo.

Volvió a impulsarse de lado a lado. No funcionaba. Trató de sacar las manos por la rendija que se había abierto, pero para hacerlo debería de haber nacido con tres codos. El ángulo era imposible.

—¿En serio? —Fordak suspiró pesadamente, intentando mantener los últimos retazos de una calma que se esfumaba por momentos.

Tras nuevos intentos infructuosos de volcar el módulo, no le quedó otra opción más que gritar socorro a pleno pulmón.

Fordak Manson perdió la noción del tiempo. Con el palmo de tierra oscura que tenía a la vista tampoco podía calcular demasiado bien el paso de este. Volvió a gritar una vez más, con una mezcla de indignación y rabia.

Al cabo de un rato, oyó un ruido. Como de pequeñas piedras desprendiéndose. Algo se acercaba. Fordak aguzó el oído hasta que distinguió un par de pasos. Eso descartaba posibles bestias carroñeras. Pero no gente peligrosa y oportunista. Sin embargo, fuera quien fuese no podía hacer nada.

—¡No me lo puedo creer! ¿Es un módulo?

La voz era bastante aguda, entusiasta. Los pasos se acercaron todavía más. Manson oyó un ruido metálico. Estaba dándole golpecitos al módulo, como si fuera un bicho muerto.

—Estoy atrapado aquí dentro. ¡Por favor, ayúdame! —dijo Fordak con toda la educación que fue posible.

Los golpes enmudecieron.

—Por favor. Mi módulo ha caído de la peor manera posible y estoy encallado.

—Mamá siempre me dice que no hable con desconocidos —respondió la voz, dubitativa.

—Y tu mamá tiene toda la razón en eso, niño. Pero escucha: me llamo Dragan Dills y he venido a tu planeta en una misión de la Federación muy importante. ¿Lo ves? Ya no soy un desconocido. ¿Cómo te llamas tú? —respondió Fordak con una doble mentira.

—¡No soy un niño! Tengo casi once años —replicó airado.

—Mis disculpas, chico, pero desde aquí no te veo. Dime, ¿cómo te llamas?

Tardó un poco en responder. Sospesó el peligro que podía implicar seguir hablando con aquel hombre encerrado en el módulo:

—Me llamo Almarc.

—Encantado, Almarc. Y ahora que ya nos conocemos, ¿podrías ayudarme a salir de aquí?

—Antes de eso —replicó el muchacho con agudeza—, si has venido en una misión tan importante, ¿por qué has venido en esta... cosa? A ver, que un módulo es chulo, pero ¿dónde está tu nave?

Manson se mordió la lengua. Su paciencia con los críos era de por sí escasa.

—¡Porqué mi misión es tan importante que es secreta! Tan sólo el Canciller y yo estamos al corriente de ella. Bueno, y ahora tú. Felicidades. Pero debes guardar el secreto si no quieres que estalle el Núcleo galáctico...

—¡Vaya! —Almarc pareció realmente impresionado.

—Así que... ¿qué me dices? ¿Me ayudas a salvar la galaxia?

—¿Podré ver tu nave espacial?

Fordak finalmente se hizo sangre en lengua.

—Claro que sí, pero desde aquí no puedo contactar con ella. ¿Cuento contigo?

El muchacho parecía más entusiasmado con lo de la nave que con lo de salvar la galaxia entera.

—De acuerdo —respondió—. Te ayudaré.

—Gracias —respondió Fordak sintiendo el regusto a hierro de su propia sangre.

Manson oyó como el chico cambiaba de posición. Al poco tiempo Almarc comenzó a empujar por un lateral. Debía estar con la espalda colocada contra el módulo y haciendo fuerza con ambos pies. El sarcófago empezó a inclinarse un poco hacia la derecha. Fordak se inclinó nuevamente, hasta que, con el empuje de ambos, el módulo por fin rodó colina abajo hasta caer boca arriba unos cincuenta metros más abajo.

Comparado con la entrada en la atmósfera, aquello no era nada. Manson volvió a activar la apertura de la compuerta y esta vez sí funcionó. Respirando profundamente, se incorporó y salió del módulo. Ya estaba en tierra.

Fordak avanzaba a paso ligero hacia el puerto espacial. Almarc le seguía siempre a unos pasos de distancia, incapaz de seguir el ritmo de sus zancadas. Aunque todavía era de noche, en el horizonte empezaba a vislumbrarse un nuevo día. El contorno del asentamiento se iba perfilando cada vez más.

—Una cosa más: ¿a cuántos piratas has matado? ¿Has estado en Zerian? Dicen que allí se construyen las naves más alucinantes. El padre de un amigo mío dice que estuvo una vez. Cuenta que los astilleros cubren toda la órbita del planeta. Eso significa que en la superficie siempre es de noche. ¿No te parece increíble? Yo creo que eso es

un poco exagerado. Aunque, claro, un buen caza Zerian es imbatible. Ni siquiera una escuadra de Skorpis biplaza puede con él. Y eso que un Zerian tiene un giro gravitacional menor que...

El mercenario llevaba un tiempo sin responder a las preguntas del chico. A la decimocuarta comprendió que éstas eran infinitas. Volvió la vista atrás, calculando la distancia que había cubierto desde el módulo. Almarc aprovechó que Fordak aflojaba ligeramente el paso para ganar distancia y ponerse a su altura.

—Entiendo que no puedes contarme muchos detalles de la misión secreta, pero hay una cosa que no entiendo —le preguntó el muchacho.

—¿Sólo una? —respondió Manson apretando el paso de nuevo.

El chico se apresuró para no perder el terreno ganado.

—Aquí en Tulheia VI nunca pasa nada. Todos los días son iguales.

—Esa es la sensación que te da. Pero en todas partes pasan montones de cosas, a todas horas. Sólo tienes que saber observar... y aprovechar el momento para sacar beneficio.

Almarc pareció confundido con esa explicación. No le sonaba demasiado heroica.

—No sé si lo entiendo bien...

—Ya lo entenderás. Tampoco tengas prisa —respondió Fordak—. A todo esto, te doy las gracias por haberme ayudado a salir de mi módulo de infiltración, pero ¿qué hacías allí a estas horas? ¿No se supone que deberías estar durmiendo?

—Estaba explorando. Como un cazatesoros, ya sabes.

—¿Y tus padres ya te dejan salir solo tan tarde?

—Mi madre ahora mismo debe estar a punto de terminar su turno en la fábrica. Y mi padre nos abandonó siendo yo un bebé, con lo que cuenta como si estuviese muerto —explicó con naturalidad—. Si yo durmiese por la noche, mi cena coincidiría con el desayuno de mi madre, y así con todo. Un gran lío, la verdad. Por eso prefiero hacer como ella. Así podemos vernos unas horas al día.

Un pequeño drama doméstico. La existencia estaba repleta de ellos. Fordak lo sentía por el chaval, pero no le daba lástima. Por lo menos Almarc conocía a su madre. Ya tenía un cincuenta por ciento más de trabajo hecho que él.

—Lo entiendo, Alma.

—Almarc —le corrigió el chico.

—Almarc. Pero ahora sería momento de separarnos. Necesito llevar a cabo mi misión en solitario. Si te ven junto a mí, podría ser peligroso para ti o para tu madre.

—Pero nadie debería reconocerte ¿no? Quiero decir, ¿no tienes una identidad secreta? —preguntó Almarc confundido.

—Claro que sí. Mi nombre auténtico no es Dragan. Pero el enemigo tiene ojos en todas partes y no puedo bajar la guardia en ningún momento. Es por tu seguridad. Así que, ahora, sería conveniente que esperases aquí por lo menos media hora. Así no nos podrán relacionar y mi misión seguirá siendo secreta y tú podrás ir a desayunar...

—Cenar —le corrigió el chico.

—Cenar con tu madre —improvisó Fordak con toda la naturalidad del mundo. Nunca había perdido el tiempo en algo como aquello, pero empezaba a sentir cierta satisfacción tratando con alguien tan crédulo—. Dame unos días para cumplir mi misión. Entonces podrás contarle a todo el mundo como me salvaste, Almarc. Me habrás ayudado a salvar la galaxia. No lo olvides. Así que, gracias por todo, recluta —añadió con una solemnidad que no sentía.

Fordak le estrechó la mano, le dio la espalda y prosiguió su camino. Pero Almarc no parecía conforme con aquello:

—¿Y la nave? Me has prometido que me enseñarías tu nave —replicó el muchacho visiblemente molesto.

El mercenario se giró de nuevo. Contó hasta tres antes de abrir la boca:

—No puedo mandar un aterrizaje ahora. Llamaría demasiado la atención. Lo entiendes, ¿verdad? Pero te prometo una cosa. Cuando termine con éxito mi misión, verás descender sobre este punto exacto en el que nos encontramos el mayor acorazado de la Federación con el que hayas soñado jamás. A fin de cuentas, soy el primer espía del Canciller. Mi nave es única, expresamente diseñada para mí. Fliparás, te lo digo yo.

Almarc suavizó un poco su gesto de enfado.

—Está bien... señor espía. Me fío de tu palabra.

—Gracias. Y yo me fío de que sabrás guardar en secreto que me has visto.

—Que te he rescatado —le corrigió rascándose la incipiente pelusilla del bigote— Hasta que baje tu nave. Cuando estés a salvo se lo contaré a todos mis amigos.

—Claro. Cuento con ello. Adiós Almarc. Que te vaya bien. Recuerda, espera un rato aquí. En pocos días verás mi nave descender y eclipsar el lugar.

Fordak se giró veloz y apretó el paso, antes que al muchacho le surgiera cualquier otra pregunta o llegase a la conclusión correcta de todo aquello.

El puerto espacial no era gran cosa. Situado en el borde exterior de la galaxia, Tulheia VI había conocido tiempos más prósperos. Cien años atrás, su industria pesada había tenido cierto renombre. En aquel lugar se ensamblaba un porcentaje importante de los motores sublumínicos, los únicos que permitían el viaje espacial hasta el descubrimiento de la tecnología hiperespacial. Pero con la llegada de la capacidad de viajar más rápido que la luz empezó el declive del sistema. Un viaje que duraba décadas podía cubrirse ahora en un par de semanas gracias a la nueva tecnología. Otros planetas industriales supieron adaptarse mejor al cambio y aventajaron a Tulheia VI en cuestión de pocos años. Lo que antes había sido un lugar de actividad frenética y exportaciones continuas, con cuatro turnos de trabajo en las principales cadenas de montaje, ahora era un planeta marginal, con muchas fábricas cerradas o abandonadas. Plantas de producción vacías eran hoy la estampa del lugar; un panorama sucio y decadente.

Tulheia VI era, pues, un planeta de paso no recomendado en ninguna guía turística de la Federación. Su población había emigrado en la medida de lo posible, y en la actualidad no superaba los quince millones de personas. Gente que malvivía trabajando en las contadas fábricas que aún funcionaban y que ahora se dedicaban a ensamblar máquinas expendedoras o sexuales en lugar de los motores de antaño. Por supuesto que dicha actividad en muchos casos no era suficiente para asegurarse una comida diaria, con lo que el mercado negro, los trapicheos y los vicios ilegales de toda índole proliferaban en casi todos los barrios y bloques de apartamentos.

Fordak Manson estaba desubicado. No recordaba aquellas callejuelas puesto que la última vez que estuvo se había limitado a ir del *Galatea* a la cantina más cercana. Lo más práctico sería encontrar primero el muelle donde aterrizaron. Una vez allí, confiaba en poder repetir el trazado hasta el antro donde Loras había topado con el arqueólogo y seguir desde ahí.

A unos pocos metros de distancia vio a una señora mayor, cubierta de mantas y con el pelo desaliñado desde hacía demasiados años. Regentaba un pequeño puesto de comida callejera. En el cartel del carrito había una imagen de neón parpadeante que simulaba un bocadillo con un pedazo de carne en su interior.

Cuando pasó por delante, la anciana trató de llamar su atención. Pero Fordak no pidió nada. No se atrevió. La vendedora, al ver que Manson no tenía intención de comprar nada, hizo un gesto para quitárselo de encima. Pero él le preguntó por el espaciopuerto más cercano.

—Vamos señora, seguro que puede echarme una mano —repitió Fordak con su mejor sonrisa postiza.

Pero aquella mujer era inmune a sus pretendidos encantos. Para ella, si no querían comprarle un bocadillo y no pasaban de largo, lo más seguro es que pretendían robarle. De debajo del minúsculo mostrador sacó una recortada y le apuntó en el pecho. Fordak Manson quedó petrificado por la sorpresa. El gesto había sido tan rápido que denotaba que se trataba de un movimiento frecuente.

—Si no quieres comprar un bocadillo, que te den por el culo —le soltó sin pestañear.

Fordak consiguió dar unos pasos hacia atrás lentamente. La escopeta empezaba a temblar demasiado en las manos de la anciana. Manson miró a su alrededor mientras se alejaba todavía con las manos en alto. Pero los pocos transeúntes que iban o venían a aquella hora temprana de la mañana no se inmutaron. Se limitaron a rodear el puesto de comida rápida en un hábito adquirido por la fuerza de la costumbre.

El mercenario se alejó lo suficiente para que la anciana bajase el arma. Fordak estaba desconcertado. En su vida le habían pasado unas cuantas cosas. Situaciones peliagudas tenía dos puñados que contar. Pero aquella era inédita.

—¡Que te jodan, vieja loca! —le gritó desde la otra acera antes de escurrirse por un callejón

Tras unas cuantas vueltas y revueltas, Fordak fue a parar a una avenida principal. Las aceras eran más anchas y las fachadas de los edificios más elegantes, y éstos más altos. El más elevado que vio debía tener unas veinte plantas. Algunos portales eran monumentales. Contaban con columnas de hierro forjado y espaciosos vestíbulos, además de enormes murales de arte industrial: figuras de obreros trazadas con cortes rectos y vigorosos que ensalzaban el esfuerzo y el trabajo duro. Sin embargo, muchos de estos vestíbulos aparecían llenos de basura y chatarra dejada tiempo atrás. Manson no contó ni un solo cristal en las ventanas. Prácticamente todas estaban tapiadas con listones de madera o contrachapados. Pese a la luz de la mañana que iluminaba la avenida, el lugar era lúgubre. La gente, de rostro deprimido, deambulaba por la calle sin un destino aparente; aquel lugar estaba condenado al olvido.

Fordak Manson siguió avanzando hasta que sus pasos le llevaron ante una boca del bajotierra, el tren subterráneo. Allí podría ver un mapa y ubicarse. Rodeó la entrada y se detuvo ante el plano que había en un lateral. Éste era arcaico a más no poder, pues era una imagen impresa y pegada en el muro. Aunque el mapa estaba descolorido y con algún pedazo arrancado por los bordes, pudo hacerse una idea general.

Aquel puerto espacial se llamaba Elíseo. El nombre, previo a la decadencia del sistema, sonaba ahora como un chiste de mal gusto. La silueta que dibujaba el trazado de las líneas de metro recordaba vagamente a una media luna. Había un espacio central vacío, y las líneas de colores lo rodeaban en un abrazo que no llegaba a cerrarse. Fordak buscó el “usted está aquí”. Lo encontró en el cuerno izquierdo. Ahora le faltaba hallar el muelle de atraque y con ello la taberna más cercana... Allí estaba. Estaba señalado en el mapa. Contó las paradas y la línea que debía utilizar para llegar hasta allí. Contando el maldito límite de cuarentaiocho horas que le había impuesto el comandante Udina, con el bajotierra ahorraría un tiempo muy valioso.

El mercenario memorizó el mapa y entró en la boca del bajotierra... para encontrarse con la entrada cerrada a cal y canto mediante una valla oxidada.

Fordak sacudió la valla con impotencia. Aquello llevaba así décadas. Volvió a subir a la calle. Un tipo bajito, vestido con un tosco abrigo que le llegaba hasta las rodillas y con un gorro de lana gris calado hasta las cejas, le saludó. Tenía la cara redonda como un pan y una expresión amable.

—¿Necesita transporte, señor?

Fordak lo examinó con suspicacia.

—¿Quién eres y de dónde has salido tan rápido?

—Señor, soy Ralphie, un humilde y honrado taxista —se presentó llevándose los dedos a la frente a modo de saludo—. Acababa de desayunar en aquella cafetería de allí cuando le vi bajar las escaleras del metro. Sabiendo que el bajotierra hace mucho tiempo se utilizaba para moverse por la ciudad, o así me lo contó mi padre, supuse que necesitaría de mis servicios.

Manson asintió de inmediato. Le importaba poco lo que quisiera cobrar aquel hombre. Pagaría Udina desde el cielo. Fordak le enseñó en el mapa a dónde quería ir. Ralphie asintió.

—Ningún problema. Antes se tardaba más por culpa del tráfico, pero hoy en día ya ve que los coches que circulan son pocos —explicó con una nota melancólica—. Es un trayecto de veinte minutos como máximo.

Pactaron el precio. Que Fordak aceptase la primera cifra propuesta sorprendió al taxista positivamente. Ralphie le guió hasta su taxi, aparcado junto a la cafetería que había hecho mención. Era un coche viejo, mil veces reparado. De no estar tan abollado, aún podría conservar el carisma de ser un modelo clásico. Un Cobra Real. Un modelo que en otros sistemas planetarios participaba en carreras de época y en otros tantos era el capricho de coleccionistas entendidos. Largo y ancho, de líneas curvas y enormes pasos de rueda. El morro afilado y con una parrilla enorme, como la de un tren magnético. El modelo de Ralphie alguna vez había sido del color del mercurio, pero ahora la pintura estaba descolorida y resquebrajada por doquier.

El taxista encendió el motor y se pusieron en marcha.

—Es aquí —dijo Ralphie estacionando suavemente en el acceso del muelle de atraque principal.

—Gracias, Ralphie. Toma —Fordak le extendió su chip de pago. Elana le había dicho que contaba con créditos suficientes, pero al entrar en el módulo no había caído en la cuenta de preguntar cuántos.

El taxímetro pitó satisfactoriamente.

Fordak iba a bajar del coche ya, pero entonces se le ocurrió preguntarle al taxista sobre su objetivo. A fin de cuentas, los taxistas estaban enterados de casi todo.

—Oye Ralphie, una pregunta. Estoy buscando a un compañero que se quedó tirado, sin transporte orbital. La última vez que supe de él estaba en una cantina cerca de aquí. ¿Podrías ayudarme con eso?

—Imagino que se trata del Ingeniero Etílico. Sí, está a tres manzanas. ¿Ve esta calle? —le preguntó, señalando con el dedo índice—. Pues la tercera a la derecha. No tiene pérdida. Su cartel es el único de por aquí que aún funciona.

—Gracias Ralphie.

—Oiga, dado el poco movimiento que tenemos por aquí, tal vez pueda ayudarle un poco más. Dígame ¿su compañero es como usted? Me refiero a grande, fuerte y bien plantado —le preguntó girándose sobre su asiento y mirándole fijamente, pero sin perder la amable expresión.

—Eh... No —aquello le pilló de improviso—. Es flacucho, tipo empollón. Es el listo de los dos.

—Vaya, que decepción —dijo Ralphie apenado—. No me suena. Lo siento.

—Bueno, gracias por todo Ralphie. Que te vaya bien —se despidió Fordak bajando del coche.

—Igualmente señor.

Fordak Manson echó un vistazo al acceso del muelle de atraque. Sí, aquel vetusto arco de hierro forjado que daba la bienvenida le resultaba familiar. Siguió las indicaciones que le había dado el taxista. Pronto reconoció más detalles y supo que iba en la buena dirección. Aquello le sonaba de la última vez.

La última vez. Probablemente no hacía ni siquiera un mes. Pero habían pasado demasiadas cosas. Mientras caminaba por aquellas baldosas salpicadas de hierbajos que nacían entre las juntas, Manson recordó a todos los que habían muerto con el *Galatea*. Loras el Lágrimas. Un tipo demasiado bueno para ser capitán. Fordak lamentaba no haber podido conocerle tanto como le hubiese gustado. Gibbs, con aspecto de cochinito, que destilaba el mejor alcohol que se puede conseguir en gravedad cero. Mientras que casi todo el mundo se metía a contrabandista para conseguir dinero y una dosis moderada de aventura, Gibbs murió antes de poder cumplir su deseo: volver a su planeta natal, comprar unas reses de ganado y construir una quesería artesanal. Luego estaba Toniori, aquel maldito hijo de puta del sector Alpha IV que les había salvado el culo tantas y tantas veces reparando el motor de hipervelocidad con poco más que cinta aislante en demasiadas situaciones críticas, cuando las armas láser de las patrullas federales escupían ya sobre ellos su descarga carmesí. Finalmente, el jovencísimo Dalton, o Milkyway, como a él le gustaba hacerse llamar. Un genio de los ordenadores que siempre estaba a la última de las patrullas y sabía dónde podían dirigirse en pos del botín más suculento y menos peligroso.

Todos ellos estaban muertos. El *Galatea* había explotado en mil pedazos. No hubo advertencia, ni abordaje. Desde el primer momento quisieron destrozarlos. Y lo así lo hicieron. Y Fordak Manson había sido el único superviviente. De no ser por la patrulla de Udina, ahora también estaría muerto, flotando como un pedazo de carne congelada en el espacio.

Fordak llegó sin darse cuenta hasta la cantina.

Era un edificio bajo, de dos plantas. Los edificios circundantes habían sido demolidos hacía tiempo, a juzgar por la maleza que crecía en los solares. El cartel del Ingeniero Etílico era digno de un concurso. Ocupaba más de media fachada. Empezaba casi en el marco de la puerta de entrada y se elevaba por encima del edificio, reforzado en el tejado por unos andamios metálicos. Con neones verdes, amarillos y azules, las letras torcidas se representaban sobre un fondo animado de engranajes de todos los tamaños. La mitad de ellos estaban fundidos. Algunos otros parpadeaban, y la minoría brillaban pese a ser media mañana.

El contrabandista cruzó el umbral.

CAPÍTULO 3: DE WHISKY Y PUTAS

Manson iba ya por la tercera ronda. Y aún no era mediodía. Sentado a la barra, era el único cliente de un local más parecido a un enorme almacén de carga que a una cantina. El inmenso recinto, cuadrado y con sus largas mesas dispuestas para acoger a un centenar de personas, lo irritaba. O quizás la culpa de su humor no era tanto el lugar como el silencio que reinaba a aquella hora. Sin apenas clientes, ni siquiera había música de fondo. Los dedos de Fordak tamborileaban sobre la madera, tratando sin éxito de reproducir una melodía largo tiempo olvidada.

—Ponme otra de éstas, Jackie —le dijo al barman. Jackie era el camarero del turno de noche, el que le había atendido la última vez que estuvo allí. O por lo menos Fordak creía que se llamaba Jackie, aunque le daba igual.

El camarero no se molestó en corregirlo y le rellenó el vaso sucio. En la botella decía whisky de malta, y el color ámbar se correspondía. Pero por el regusto a aceite de motor que dejaba al tragar, aquel brebaje podía ser cualquier cosa.

—Es un poco pronto, incluso en Tulheia. ¿Problemas? —le preguntó. Tenía la cintura ancha, un trapo al hombro y unos ojos pequeños e indiferentes.

—No, estoy bien. ¡Estoy vivo, qué coño! —respondió volviendo a beber—. Ésta a tu salud, Milkyway.

Fordak se limpió los labios con el dorso de la mano y pagó al camarero. Éste se percató que, más que borracho, aquel hombre estaba triste y melancólico. Algo que solía ver cuatro o cinco veces por noche.

—Estoy buscando una persona —dijo Manson—. Un tipo delgado, con gafas, seguramente. Es un estudioso. Alguien que, con sólo verlo, sabrías que se ha equivocado de sitio.

El camarero secaba vasos, en silencio.

—¿Le has visto? ¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

—Si lo supiera, ¿qué tratos te traes con él? Por lo que dices, tú no tienes pinta de estudioso —respondió el barman dejando un vaso en su sitio y cogiendo el siguiente.

—Pidió transporte de vuelta a sus libros. Yo soy el transporte.

—Puede ser que lo haya visto.

—Ponme otra más de ésta —le dijo acercándole su vaso de nuevo— y dime lo que sepas. No tengo malas intenciones. Ni me sobra el tiempo. Además —añadió Fordak entrecerrando los ojos con suspicacia—, ¿por qué lo encubres de esa manera?

—Deja buenas propinas, nada más.

—Yo también puedo darlas.

El barman le volvió a servir por quinta vez. Se inclinó hacia Fordak.

—Me alquiló una de las habitaciones de arriba. Llevará por lo menos tres meses. Tiene los pagos al corriente y muchas veces come y cena aquí mismo. Con lo que te pediría que no tengáis prisa en irros.

Manson levantó una ceja. Se había imaginado mayores problemas para dar con el arqueólogo. *De puta madre*, pensó. La rata de biblioteca no se había movido del local en todo este tiempo. ¿Quizá por miedo a que lo atracasen en cualquier esquina? Fordak desechó cualquier explicación. Le daba igual. Lo importante es que estaba allí. Sólo le quedaba cogerlo del cuello, arrastrarlo hasta la calle y pedir la evacuación. Una vez arriba, Udina le retiraría el chip y recuperaría su libertad de una vez por todas.

Nada más importaba.

—¿Entonces, está arriba?

—Me imagino que sí. Hoy aún no le he visto bajar.

—Estupendo. Cóbrate —dijo Fordak levantándose del taburete.

El camarero le detuvo sutilmente. Le rellenó el vaso otra vez.

—Espérame aquí abajo, por favor. Tengo otros inquilinos y no quiero que vuestra charla los despierte. Si eso ocurre, pagarán su mal humor conmigo. Y nadie quiere eso, ¿cierto?

Manson miró alternativamente al camarero y a la escalera situada en un extremo de la cantina. Aunque tenía especial interés en volver con el arqueólogo a la *Pegasus* antes de dos días, podía esperar un rato más. Especialmente en la barra. Por fortuna, lo más difícil ya estaba hecho.

Era ya mediodía. Fordak había comido allí. Le sirvieron un menú contundente a base de parrillada de verduras con salsa romesco y pollo relleno con ciruelas. No tenía ni idea dónde podían plantar aquellos vegetales en aquel planeta, pero estaban demasiado buenos. Incluso sabían a lo que se suponía que debían saber. Con el pollo ocurría lo mismo. Tal vez el secreto radicaba en el tiempo que había pasado desde su última comida en condiciones.

El Ingeniero Etílico se había ido llenando progresivamente. Aunque no podía considerarse ni de lejos lleno, para la comida Fordak había contado cerca de cuarenta comensales. Gente humilde, la mayoría de ellos vestidos con monos grises de trabajo, mil veces remendados. Las caras eran largas, desanimadas. En Tulheia VI la esperanza de un futuro mejor era tan inexistente como la inocencia en los ministerios de la Federación. El mismo camarero que le había atendido a lo largo de la mañana era el que se ocupaba de servir los platos. Iba y venía como un bólido, sacando platos de la cocina y retirándolos de las mesas a un ritmo endiablado. Fordak desconocía si aquella gente trabajaba diez, doce o catorce horas. Lo que sí sacó en claro al ver aquellas caras fue la reafirmación de que no se arrepentía de haber tomado el camino “fácil” del contrabando.

Manson había tenido siempre un ojo puesto en la escalera. De hecho, había comido en la mesa más cercana a la misma. La idea era simple: cuando bajase el único

tipo con pinta de intelectual que podía haber en aquel lugar de mala muerte, él le salía al paso, le ponía al tanto de la situación y se largaban.

Pero el arqueólogo no parecía tener hambre.

Fordak se cansó de esperar. Ya había bebido y comido más de lo que podía soportar su cuerpo, que era bastante por encima de la media. Apuró su vaso y se levantó. Dejó su mesa y subió los escalones de dos en dos.

La planta superior de la cantina era un pasillo central con habitaciones a lado y lado. Las paredes, descantilladas y sucias, estaban pintadas de un color mostaza. Manson contó doce puertas.

No se anduvo con rodeos.

—¿Profesor Kronenberg? —preguntó al pasillo, tras recordar el nombre que le había facilitado Udina.

Avanzó y trató de abrir la puerta más cercana. Estaba abierta. La habitación estaba vacía y ordenada. No había nadie allí.

—¿Señor profesor universitario? Soy su transporte de vuelta a la civilización — insistió Manson registrando dos habitaciones más.

Se abrió una puerta a su derecha. Una mujer con unas ojeras terribles se apoyó en el umbral. Tenía un ojo medio cerrado, el pelo sucio y los labios pintarrajeados. Vestía unas medias de rejilla más rotas que enteras.

Se encendió un cigarrillo que sacó del escote.

—Soy Stela. Por cinco miserables créditos yo puedo ser quien tú quieras que sea —le dijo, encendiéndose el pitillo con indiferencia absoluta y sin mirarle siquiera—. Puedo ser tu profesora, o una colegiala, si lo prefieres. Me adapto a lo que sea.

Fordak Manson la esquivó sin prestarle más atención. Siguió avanzando y registró un cuarto más.

—¿Profesor?

—Eres un muchacho fuerte y vigoroso, pero muy mal educado —añadió la prostituta desde su puerta—. Yo puedo ayudarte con eso. Podría... ocuparme de ti.

El mercenario se giró y se encaró a la mujer.

—Stela, ¿no? ¿Qué sabes y que pides? —preguntó Manson sin ganas de perder el tiempo regateando.

—Me imagino que buscarás al chico, Marcus. Un muchacho muy listo, en serio. No sé qué cojones hace en este sitio de mierda. Pero bueno, me imagino que la mala suerte no es sólo cosa de los tontos —dio una larga calada antes de proseguir. Pareció como si tuviera la mente en otro lugar—. Cinco créditos, mi tarifa habitual. Si no quieres correrte, allá tú.

—No tengo efectivo, pago con chip. Si la información es buena, puedo pagarte cinco menús ahí abajo.

Ella sopesó la oferta. Se apartó del marco de la puerta y se aproximó al contrabandista.

—Enséñamelo.

Manson le enseñó el chip monedero incrustado en su muñequera de cuero.

—Está bien. Confío en ti, cielo. Si me jodes, te arrancaré los ojos —dijo ella manteniendo el mismo tono azucarado en toda la oración.

—¿Qué sabes de ese Marcus? ¿Dónde está?

—Su habitación es la del fondo a la izquierda —respondió ella—. Pero, por favor, ¡no le hagas daño!

La prostituta le cogió del brazo. Fordak se soltó con suavidad.

—¿Por qué todo el mundo piensa que le voy a hacer daño? Vengo a ayudarle —respondió él. Aquello era verdad. Por lo menos en parte. Nadie en su sano juicio querría permanecer en Tulheia VI de tener alternativa.

—Porqué tienes pinta de matón. Con esa mandíbula cuadrada y estos brazos musculosos... Y el chico es un buen tipo. Ingenuo en cierto modo. No tiene ni idea de cómo funciona el mundo real. Creo que siempre ha vivido en uno de esos templos de la ciencia.

—¿Te refieres a la universidad?

—Lo que sea —respondió ella—. Solo te pido que le trates bien. Durante todo el tiempo que ha estado aquí, siempre me ha tratado con respeto. Y eso es algo difícil de encontrar por estos barrios.

—Tienes mi palabra. Ahora, cuando bajemos, acompáñanos y le pagaré al camarero tus comidas —Manson recordó entonces que pagaba la Federación. Su trabajo allí ya estaba prácticamente hecho, con lo que consideró mejorar el pago a aquella desgraciada mujer—. Pensándolo mejor, te pagaré las comidas y las cenas de todo el mes.

La mujer se mostró precavida. No era la primera vez que le intentaban tomar el pelo.

—Te lo digo en serio —dijo Fordak—. Ahora lo comprobarás por ti misma.

Manson avanzó hasta el final del pasillo y se plantó ante la última puerta de la izquierda. Llamó a la puerta con los nudillos. Preguntó a través de la lámina de contrachapado.

No obtuvo respuesta. Insistió otra vez.

—¿Profesor Kronenberg? Soy Fordak Manson. Me envían para llevarle de vuelta. Nada.

—Vamos, profesor, que tengo la nave mal aparcada. ¡Abra de una vez! —dijo golpeando la puerta.

Stela se acercó de nuevo hasta él.

—Déjame a mí, bruto —le dijo a Fordak—. Cariño, soy Stela. ¿Por qué no abres? Piensa que si no te largas, pienso aprovechar yo la plaza y largarme de este estercolero en tu lugar. Vamos, corazón. Este hombre parece de fiar. Te lo digo yo, que los calo rápido.

Pero la prostituta tampoco obtuvo respuesta.

—Caramba... —dijo Stela desconcertada—. Oye, pues nada —se sacó una horquilla del pelo y se agachó ante la cerradura dispuesta a forzarla.

—Gracias —dijo Manson sorprendido su habilidad.

—Esto por mejorar el pago —respondió ella. Entonces se percató que no estaba cerrada—. Vaya. Estaba abierta.

Fordak Manson abrió la puerta de la habitación.

Era como todas las demás: pequeña y cuadrada. Con el espacio justo para contar con una cama estrecha y un modesto escritorio con una silla sencilla colocado contra la pared. Pero ésta no estaba vacía.

Sentado en la silla, había un hombre. Un tipo flaco, no muy alto. Vestía pantalones de tela fina y una camiseta naranja. Llevaba el pelo corto y gafas de montura redonda. Parecía que se había quedado dormido leyendo algo, pues tenía la cabeza inclinada hacia adelante.

Pero no dormía. Los brazos colgaban a ambos lados. El rostro estaba parcialmente hundido entre los apuntes que había sobre el escritorio. Nadie duerme así. La sangre llamó la atención de Fordak al instante. La sangre que salpicaba el escritorio y que había formado un pequeño charco en el suelo indicaba la peor de las opciones.

El profesor Kronenberg había sido asesinado.

—¡Oh, dioses! —Stela dio unos pasos hacia atrás. No era el primer muerto con el que se topaba en su tortuosa vida, pero aquel le afectó especialmente.

—Joder, joder, joder... ¡Me cago en todo lo que es bueno y hermoso! —Manson se pasó la mano por el pelo, en un gesto nervioso.

El arqueólogo de las narices. Su boleto para recuperar su libertad. Ahí estaba. A menos de dos metros de distancia. Desangrado. Inútil. Cadáver. No le servía de nada. Fordak Manson estaba bien jodido.

Tenía que contactar con el comandante Udina y ponerlo al tanto de la situación. Fordak no tenía idea de lo que iba a hacer ahora el militar con él. Muerto el arqueólogo, él pasaba a ser prescindible. ¿Activaría el comandante el chip y le volaría la cabeza? ¿Realmente le habían implantado un artilugio semejante durante su recuperación? ¿O tal vez el muy cabrón señor comandante se había marcado un farol?

Manson tendría que ocuparse en otro momento de estas cuestiones. Ahora mismo tenía un cadáver delante. Y, ante todo, la necesidad de salir de allí sin que le relacionasen. Cosa ya imposible, dado que tanto la prostituta como el camarero ya sabían que había venido en busca de Kronenberg.

Apretó los nudillos. Desestimó casi de inmediato la idea de deshacerse de Stela. No había motivo aparente para que la prostituta le acusara a él, pero quizá lo acabase haciendo con tal de sacarse ella el muerto de encima...

—¿Stela, cuando viste a Marcus Kronenberg con vida por última vez? —preguntó Manson entrando en la habitación con cuidado de no tocar nada ni de pisar la sangre. Examinó las notas que asomaban bajo la cabeza del profesor— ¿Stela?

La mujer no respondió. Fordak se giró hacia la puerta, creyendo que habría salido corriendo, huyendo del lugar del crimen y dejándolo a él con el muerto.

Fordak vio el pánico en los ojos de Stela. Alguien la sujetaba por detrás. Un destello fugaz. Y la sangre comenzó a brotar sin medida del cuello de la mujer.

De inmediato, el asesino empujó el cuerpo de Stela contra Manson. Éste apenas tuvo tiempo de intentar apartarse a un lado. Sin embargo, debido al reducido espacio de la habitación, no pudo evitar el impacto por completo. Primero Stela rozó a Fordak, haciendo que trastabillase y cayese sentado sobre la cama. Inmediatamente después, chocó con el cadáver del profesor, tirándolo de la silla y yendo a parar ambos al suelo en un caótico abrazo mortuorio.

Un cuchillo voló ante los ojos de Fordak. Éste se incorporó de un respingo. Sacó la pistola en un rápido gesto y logró descargar tres disparos hacia el pasillo, al lugar donde un instante antes había estado el atacante. Manson disparó varios proyectiles más contra la pared, confiando que aquellos tabiques fuesen más malos que su pistola.

Se hizo de nuevo el silencio. ¿Le habría acertado?

Fordak Manson apretó los dientes y salió al pasillo. La furia que le dominaba en aquel momento era mucho mayor que cualquier asomo de prudente contención.

A su derecha, a unos diez metros de distancia, el asesino trataba de mantenerse en pie. Al menos una de las balas sí le había alcanzado, entorpeciéndole la huida. Se giró sobre sí mismo, lanzando dos cuchillos más contra Fordak.

Una de ellas pasó de largo, clavándose en la pared del fondo del pasillo. La otra alcanzó superficialmente a Manson en el brazo. Éste dio un respingo de dolor y descargó las cuatro balas que le quedaban en el cargador, al mismo tiempo que el asesino lanzaba un último cuchillo dirigido al pecho de aquel desgraciado entrometido.

Fordak vio el cuchillo avanzar hacia él en una línea precisa y mortal. No pudo hacer otra cosa que tirarse hacia atrás para esquivar la hoja mortífera. Cayó al suelo de espaldas.

Por su parte, el asesino recibió el impacto de dos balas más, una en el costado y otra en el brazo. Pero el malnacido era duro. Sin emitir ni un sólo sonido de dolor, sacó dos cuchillos más de la parte de atrás de su cinturón y avanzó hacia Manson, dispuesto a apuñalarlo antes que pudiese incorporarse.

El contrabandista trató de disparar otra vez, aún en el suelo, pero el asesino ya había llegado hasta él con una velocidad imposible, más contando sus heridas. Le dio una patada en la mano, haciendo que Manson soltase la pistola con un gruñido de dolor.

El asesino se abalanzó sobre él, dejándose caer con todo su peso con las dos hojas cortas apuntando al pecho de Manson. Pero éste le lanzó una fuerte patada hacia arriba que le impactó en el costado herido. El asesino erró así su ataque, y los cuchillos se clavaron a un palmo de su víctima.

Manson consiguió incorporarse. Desvió el primer navajazo que le dirigió su oponente hacia el interior, haciendo que se ladease ligeramente, y le propinó un martillazo con el puño derecho en todas las costillas.

Rompió tres de un golpe.

Esta vez el asesino se permitió soltar un gruñido sordo. Volvió a atacar, intentando confundir a Manson con el puñal que sujetaba con la diestra mientras atacó con el de la zurda, moviéndolo como un viperno de Besys. Éste último ataque alcanzó superficialmente a Manson en el vientre, pero el chaleco se llevó la peor parte. Agarró al asesino por ambas muñecas y le dio un cabezazo capaz de abollar la chapa de un vehículo terrestre.

La cabeza del asesino cayó hacia atrás como un peso muerto, aturdido y al borde del desmayo. Fordak le apretó las muñecas hasta obligarlo a soltar ambos cuchillos. Le dio un último puñetazo en el estómago para doblegarlo.

—¿Quién te envía? —le gritó, incapaz de no alzar la voz demasiado— ¡Responde!

Pero el asesino, que se recobró en parte del cabezazo, comenzó a reír bajo su máscara. Manson le dio un puñetazo más y, agarrándolo del cuello, le descubrió la cara con un gesto de furia.

Bajo la capucha había un rostro joven y de facciones suaves. Tanto, que Fordak no supo decir si se trataba de un hombre o una mujer.

—¿Quién te manda, hijo de puta?

—Que te den, payaso. Estás en medio de algo que ni siquiera comprendes. Te deseo una muerte rápida, pues estás condenado —contestó con una sonrisa turbadora dibujada en su rostro andrógino. Mordió algo y de inmediato empezó a sacar espuma blanca por la boca.

Fordak apartó el cadáver del asesino con asco. El malnacido se había suicidado antes de responder. Recuperó su pistola del suelo y registró el cuerpo del asesino. No llevaba nada, ni siquiera un tatuaje distintivo. Cogió ambos cuchillos y se los guardó en su chaleco.

Tengo que salir de aquí. Dudo que la música de abajo haya ahogado los disparos. Tengo que salir ya, ahora mismo, pensó Fordak.

El pasillo parecía despejado. Fordak arrastró al asesino hasta la habitación del arqueólogo y registró el cadáver de este último rápidamente. No encontró nada útil. Debía ofrecerle algo a Udina a cambio de su libertad. Algo lo suficientemente valioso para suplir la vida de Marcus Kronenberg.

El mercenario agarró la bandolera del profesor que había sobre la cama. Comprobó que dentro había su ordenador personal. Metió también todas las pantallas de datos esparcidas sobre el escritorio y manchadas de sangre. Se colocó la bolsa sobre el pecho y salió de allí, cerrando la puerta y dejando atrás tres cuerpos sin vida.

Tenía que salir de allí cuanto antes. Con su aspecto actual, manchado de sangre, bajar a la planta baja y exponerse no era la mejor de las ideas. Decidió salir por una ventana.

Manson regresó a una de las habitaciones que había registrado previamente. Entró en ella y atrancó la puerta. Aguardó diez segundos. Le llegaba el rumor de las conversaciones que mantenía la gente abajo, el ruido de los platos y los cubiertos. Nada aparentemente fuera de lo normal.

Decidió perder treinta segundos en limpiarse un poco, por lo menos la sangre más evidente. Cogió las sábanas descoloridas de la cama y se frotó enérgicamente. El chaleco no podía limpiarlo en condiciones en ese momento, pero la sangre que empezaba a secarse se confundía, más o menos, con el cuero marrón.

Una vez hecho esto, abrió la ventana y salió.

Apenas había medio metro desde el alféizar y la estructura metálica que soportaba el inmenso cartel de neón de la cantina. La azotea le pareció el mejor lugar para contactar con los militares y esperar la extracción.

Fordak trepó sin demasiada dificultad. Cuando las vigas del cartel estaban demasiado separadas, se valía de su cuerpo, apoyando la espalda contra la pared del edificio y seguir ascendiendo. Alcanzó la cornisa de la azotea en poco tiempo.

La azotea era rectangular, de unos doscientos metros cuadrados. En una esquina había una pequeña portezuela que llevaba al interior. El suelo adoquinado estaba resquebrajado en multitud de sitios, y algunas malas hierbas crecían entre las juntas. Manson la cruzó y se asomó con cautela. Miró abajo. Las calles alrededor del Ingeniero Etílico estaban casi desiertas. No había nada más edificios tapiados y solares llenos de maleza.

Se apartó del borde y fue a colocarse junto a la pequeña puerta. Si alguien aparecía por allí arriba en ese momento, le descubriría. En la azotea no había cobertura alguna.

Manson se llevó un dedo al auricular y estableció contacto.

—Aquí Manson. ¿Me recibe alguien?

Sonido de estática.

—Vamos, Udina, sé que estás ahí. Solicito extracción.

La voz del comandante sonó unos segundos después.

—¿Está el profesor Kronenberg contigo?

El mercenario se mordió el puño, conteniendo las ganas de empezar a gritarle.

—Está muerto, joder. Estaba muerto cuando he llegado. ¿Udina? ¿Me estás escuchando? —la señal no era demasiado buena.

—No me gusta nada lo que estoy oyendo. Tu tarea no era tan difícil —el tono del comandante era frío como un iceberg. Manson temió que Udina pulsase un botón y lo matase en el acto.

—¡Tengo su ordenador! ¡Y sus notas! Y he matado a su asesino, si es que eso vale de algo. Aunque sea por la información que tengo en mi poder —dijo Fordak con vehemencia—, bien vale cerrar nuestro acuerdo. Sácame de aquí. Ahora.

Al otro lado del auricular reinó de nuevo el silencio. Fordak aguardó, con los dientes rechinando de los nervios.

—Está bien, Manson. No era esto lo que te pedí que hicieras, pero igual les vale a los chicos de inteligencia. Quédate dónde estás. Mandaré una lanzadera a tu posición.

El mercenario suspiró en silencio. Seguía vivo.

—Estoy en el Ingeniero...

—Ya sé dónde estás. Tú límitate a no moverte y espera ahí.

Eres un tipo encantador, Udina. Pedazo gilipollas engreído, pensó Fordak Manson mientras se dejaba caer y se sentaba en el suelo.

Apenas pasó media hora hasta que una pequeña nave descendió sobre el Ingeniero Etílico. Mientras esperaba, Manson había tratado de entretenerse echando un vistazo a los documentos recuperados. Pero no había entendido casi nada. Todas aquellas anotaciones y símbolos extraños le parecieron un galimatías sin sentido.

La lanzadera se aposentó sobre el tejado. Haciendo uso de sus motores gravitacionales, flotaba a dos palmos del suelo. Era una nave funcional, rectangular y fea; poco más que un ladrillo con un propulsor en cada esquina. Eso sí, tenía espacio suficiente para ocho pasajeros y dos tripulantes. Iba pintada de gris con gruesas franjas rojas laterales, siguiendo el canon habitual de la Federación.

El portón lateral se abrió. Dos soldados, provistos de armaduras integrales de clase alfa y armados con rifles láser, le flanquearon la entrada mientras el mercenario subía y se sentaba en uno de los asientos.

—Gracias, colegas. Os debo un trago —dijo Fordak con alivio.

Los dos soldados entraron tras él y el portón se cerró. La lanzadera se elevó con un suave traqueteo. Los soldados no le respondieron. Manson observó fijamente a uno de ellos, esperando un “no hay de qué” o “descuida, nos lo debes” o cualquier otra frase rutinaria. Pero lo único que vio en el estrecho visor reflectante del soldado fue su propio reflejo.

Por un momento, no se reconoció. Estaba más pálido, más delgado y cansado. Cuando su reflejo volvió a serle familiar, se percató de lo que estaba haciendo. Acabada de hacerle el trabajo sucio a un oficial militar de la Federación. Aquella de la que había huido durante toda su vida.

